

Sicilia; en el xi se dejó arrebatar su última posesión de Italia, y un príncipe turco estableció su capital en Nicea, casi frente a Constantinopla. En el siglo xii hubo de sufrir que la isla de Chipre, la perla del Mediterráneo, cayese en manos de un señor latino. En el xiii, lo que quedaba del Imperio fué saqueado por los barones francos, repartido entre ellos y subdividido después, anticipando sus presagios de la catástrofe definitiva. Hasta que en el xiv, los últimos Emperadores griegos, nuevamente entronizados durante algunas generaciones en la ciudad imperial, asistieron impotentes a la invasión del continente europeo por los turcos, que, dueños ya de la otra orilla del Bósforo, amenazaban ahora por la retaguardia a la capital inexpugnable. Se achicaba así el círculo de hierro que, estrechándose de año en año, debía acabar por aislar a Bizancio del mundo entero, reduciendo el Imperio a su recinto. Los "señores del mundo" no eran ya más que señores de su ciudad; reinaban a *puertas cerradas*<sup>1</sup>, según frase gráfica de uno de sus enemigos, sobre su propia prisión, y la consigna famosa del patriotismo romano, *Urbs orbis*, debía ahora, para ser verdad, leerse al revés, como las poesías retrógradas de León VI.

Nada sufrían las provincias por verse ajenas a la dominación de Bizancio, ni la echaban de menos cuando eran conquistadas. Es cierto que la identidad de costumbres y de tradiciones creaba entre ellas y la capital lazos que no debían romperse sin dolor, sobre todo porque era grande la repulsión que inspiraban lo mismo los bárbaros que los musulmanes; pero nunca se rebelaron contra estos extranjeros que, al someterlos a autoridad menos pesada que la de los Emperadores, les garantizaban por lo menos la libertad religiosa y les descargaban del peso de impuestos agobiadores; hubo alguna de ellas, como el África del Norte, que llamó al enemigo, y no se encontró ninguna que tomase las armas para volver a ponerse espontáneamente bajo la autoridad de sus primeros señores. Las que escaparon por más tiempo a la conquista extranjera deshacían por sí mismas, con trabajo continuado y quizá inconsciente, los eslabones de la cadena que las unía a Bizancio. Así es como Venecia se encontró un día convertida en república libre e independiente, sin que se pueda fijar el momento en que dejó de formar parte del Imperio.

En cuanto a las provincias de Europa y del Asia Menor, se fueron separando de las manos enervadas de los Emperadores merced a uno de esos fenómenos notables que atestiguan la unidad admirable de

<sup>1</sup> Carta del sultán Bayaceto a Manuel Paleólogo: Κλείσον τὰς θύρας τῆς πόλεως καὶ βασιλευε ἐν μέσῳ αὐτῆς. DUCANGE, obra citada, c. 15; cfr. c. 13.

las leyes históricas. Aquí, como en Occidente, el empobrecimiento general de las poblaciones y la caída de las instituciones locales había traído el nacimiento de una aristocracia territorial que se convirtió con el tiempo en verdadero feudalismo. No se desarrolló tan pronto, porque el cesarismo que la engendraba buscaba incesantemente devorarla, y consiguió por lo menos retardar sus progresos; no tomó los mismos caracteres que en Occidente, porque desde su nacimiento careció de la afluencia nutricia de los poderosos elementos bárbaros; sin embargo, ya en el siglo x se la encuentra constituida y en lucha sorda contra el poder central.

Es muy interesante el estudio de esta lucha. Los Emperadores, menos por solicitud en favor de los intereses de sus súbditos que por temor de ver formarse un poder independiente del suyo, tomaron todas las medidas imaginables para cerrar los canales por los que los bienes de los pequeños propietarios no cesaban de ir a aumentar los patrimonios de los ricos. Los bienes militares, aquellos feudos modestos concedidos a los defensores del Imperio en precio de su abnegación, fueron declarados inalienables; en cuanto a los de los pobres, fueron objeto de una serie de medidas legislativas sabiamente calculadas para asegurar su conservación; les amparaba una ley que daba el derecho de retracto en favor de los parientes, vecinos y, en general, de los miembros de la misma clase de contribuyentes. Otra ley forzó a los ricos a pagar la capitación de los pobres que no podían pagar por sí; otra prohibió formalmente a los ricos el adquirir, por cualquier medio que fuese, los dominios de los pequeños propietarios. En estos esfuerzos de reacción contra la marcha natural de las cosas estuvieron empeñados la poderosa dinastía macedónica y los regentes que en diversas épocas compartieron el trono con ella.

Pero de nada les sirvió, pues la aristocracia territorial se hacía cada día más temible a los Emperadores. Cuando los cruzados llegaron al país, encontraron un estado social cuyas líneas esenciales no se distinguían mucho de las de los suyos; quedaban aún, es cierto, hombres libres en los campos, pero la mayoría de las clases agrícolas se componían de colonos a censo (*πάροικοι*), que se asemejaban bastante a los villanos occidentales. En cuanto a los señores territoriales, no cedían en riqueza ni en arrogancia a los barones, y uno de ellos, Nicéforo Botoniatas, se sentía bastante poderoso para enfrentar a los turcos con sólo los hombres de su séquito, reforzados con unos cuantos mercenarios, presentando así el equivalente de lo que los latinos llamaban un gran vasallo de la corona.

En todas partes del país se encontraban familias poderosas, verdaderas dinastías provinciales, cuyos miembros eran otros tantos aspirantes al trono y hacían temblar al soberano. Tales eran los Focas, los Escleros, los Curcuas, los Comnenos, los Cantacucenos y otros mil, muchos de los cuales llegaron a ceñir la diadema. Así, por resultados imprevistos, el exceso de centralización producía aquí, como en Occidente, la dislocación del cuerpo social, que se recomponía por parcelas en cada punto en que había superioridades locales, quedando en manos de los Emperadores sólo riendas rotas por una tensión exagerada. Estos acontecimientos interiores nos explican tanto como las conquistas extranjeras el aspecto singular que presentaba Bizancio en vísperas de su caída final: un Imperio que sólo consta de su capital, una cabeza que busca su cuerpo y que manda en el vacío.

Desapareció, por fin, aquella ciudad bulliciosa y estéril, verdadera momia de la Antigüedad olvidada en las orillas del Bósforo. El día en que cayó, al golpe de la cimitarra turca, no legaba al mundo más que la lección saludable que se desprendía del espectáculo de su decadencia, y la civilización humana no tuvo que lamentarse de ver que los sultanes reinaban en el Cuerno de Oro en lugar de los Césares. Los pueblos modernos apenas habían aprendido de ella más que vicios, pues de Bizancio había salido un contagio que bastaba para corromper desde su cuna a las nuevas nacionalidades que se ponían en contacto con ella. En el capítulo siguiente veremos de qué modo la raza germánica estuvo a punto de perecer envenenada por el bizantinismo, y a precio de qué mutilaciones logró desprenderse de sus garras.

En cambio, hay que recordar aquí el destino de los pueblos eslavos, esos germanos de Oriente. Nada tan lamentable como la historia de la educación de aquellos pueblos por su madrastra herética de Bizancio; vengóse ésta de sus feroces vencedores corrompiéndolos; les inoculó el virus de sus herejías, derramó en sus costumbres el fango de las suyas y, helenizándolos uno tras otro, hizo de ellos verdaderos bizantinos, tan viles y mucho más salvajes que los de Constantinopla. Espíritus débiles y caracteres sin dignidad, capaces de todas las servidumbres políticas; sociedades incoloras y lánguidas, de donde nunca había de salir ninguna inspiración ilustre: he aquí todo lo que encontramos en el balance de la acción civilizadora de Bizancio entre los eslavos. Los búlgaros, los servios, los valacos y muchos otros fueron inficionados así, y tal soplo de muerte llegó hasta las regiones hiperbóreas alcanzando al pueblo ruso, cuyo pri-

mer pontífice parece haber recibido de las manos sacrílegas de Focio, con la unción episcopal, aquel espíritu de abyección que debía prosternar al clero nacional a los pies del príncipe, y atar a la Iglesia, como a una cautiva, al carro triunfal de los autócratas. ¡Que la Europa oriental, tan profundamente atascada en el atolladero del bizantinismo, reconozca el origen de sus plagas y maldiga a sus autores!

El Occidente fué más feliz. La Iglesia católica guardaba solícitamente su cuna, y su mismo alejamiento la protegía contra el contagio. No es esto decir que los bárbaros del Occidente hayan sido insensibles a los halagos y a los regalos que les llegaban desde Bizancio; por el contrario, muy a menudo pudo temerse que se dejarían prender en sus intrigas artificiosas, y durante largo tiempo se siguió viendo la mano de los eunucos que embrollaba a su voluntad el hilo de los destinos occidentales. Pero fueron tentativas estériles, pues no arrancaron de manos de la Iglesia la educación de la raza germánica, y hubieron de resignarse a partir con ella, conservando los eslavos y dejándole los germanos.

Cuando por fin, al cabo de muchos siglos, los hijos de la Iglesia y los de Bizancio se volvieron a encontrar frente a frente, miráronse estupefactos unos a otros, como gentes que no tienen nada de común. Si los griegos sobrepujaban a los latinos por la cultura de su espíritu y por el lujo de la vida material, los latinos dominaban a los griegos por la altura de su superioridad moral. Rectos y nobles, se indignaban de la doblez y de la corrupción de gentes que se burlaban de su rudeza y de su ignorancia. Aquella raza de manos enduercidas y de grandes espadas experimentaba, en cambio, sentimientos de repulsión ante aquel pueblo de cortesanos melifluos y pérfidos. Era la oposición radical entre el genio moderno, emancipado por obra del cristianismo, y el genio antiguo, envilecido por la política pagana. Nada más instructivo que este contraste; nada demuestra mejor la virtud civilizadora de la Iglesia católica, y, si hay alguien que pueda contemplarle sin emoción, nunca serán aprovechables para él las lecciones de la historia.

Y, sin embargo, Bizancio no ha sido inútil a la sociedad cristiana. En una época en que la civilización moderna, nacida en Occidente bajo la tutela de la Iglesia, era demasiado joven y demasiado débil para defenderse victoriosamente del enemigo exterior, Bizancio se convirtió, inconscientemente, en su baluarte infranqueable. ¿Qué hubiera sido de la Europa católica si en el año 673, o en el 717, o en muchas otras ocasiones posteriores, las hordas de los sectarios de Mahoma no hubiesen ido a estrellarse a los pies de las inexpug-

nables murallas de Bizancio? Basta formular esta pregunta para hacer apreciar lo inmenso del servicio que la ciudad imperial prestó al mundo, deteniendo ante sus muros el empuje victorioso del islamismo. Obligado a refluir sobre sí mismo, hubo de abrir otra salida al fogoso ardor de sus muchedumbres ebrias de sangre y de gloria, y se hundió en las vastas profundidades del Asia; en otro sentido, se lanzó sobre África, cuyo litoral septentrional recorrió al galope de sus caballos, y así es como reapareció, después de un amplio rodeo, en la otra extremidad —Hispania— de aquella sociedad cristiana en que no había podido hacer mella por Oriente.

Pero la impetuosidad de su vuelo estaba ya amortiguada por la inmensidad del espacio recorrido, y los pueblos occidentales se reorganizaban en aquel momento alrededor de los francos, bajo los auspicios de un hombre genial. Sin embargo, el choque fué terrible; un gran reino cristiano cayó desmenuzado, y el de los francos pareció también a punto de perecer. Puede presumirse la suerte reservada a la civilización si, cuando conservaba todo su vigor y disponía de los enormes recursos de Oriente, el islamismo hubiera podido, saltando por encima de Constantinopla, marchar derechamente a través de las desiertas llanuras de Hungría y de Alemania hasta aquellos débiles reinos merovingios, entregados entonces a la discordia y a la orgía, donde hubiera aplastado en su cuna el porvenir de la estirpe de los francos y el de Europa. La sociedad occidental obtuvo, pues, provecho de que la reina del Oriente quedase por tanto tiempo en pie sobre el promontorio europeo del Bósforo, y el historiador debe bendecir aquí la longanimidad de la Providencia, que hacía que los últimos Césares velasen como centinelas fieles en el umbral del edificio en que crecía la civilización católica.

#### FUENTES HISTÓRICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

HISTORIADORES Y CRONISTAS. - El largo período de más de nueve siglos que se extiende desde el reinado de Justiniano hasta la toma de Constantinopla por los turcos nunca ha carecido completamente de analistas. Indicaremos a continuación los más importantes, clasificados, en interés de la claridad, en tres grupos. Salvo indicación contraria, están citados de acuerdo con el *Corpus Scriptorum Byzantinorum* publicado en 48 volúmenes entre 1828 y 1855 por

Niebuhr en Bonn; en caso necesario se indicarán entre paréntesis las otras ediciones.

A. — Procopio de Cesarea ha contado la historia política y militar del reinado de Justiniano en las obras *De Bello Persico*, *De Bello Vandalico* y *De Bello Gothico* (nueva edición de esta última obra por Comparetti, Roma, 1895, en las *Fonti per la Storia d'Italia*); ha contado asimismo la historia

de las obras públicas en *De Aedificiis*, y la crónica escandalosa en su folleto equívoco *Historia Arcana*.

Agatías, contemporáneo y continuador de Procopio, ha consagrado su libro titulado *De regno Justiniani* a los cinco años últimos de este monarca. (También está en *Historici Graeci Minores* de Dindorf, tomo II, Leipzig, 1871.)

Tal obra ha sido continuada hasta la muerte de Tiberio II (año 582) por Menandro Protector, de cuyos escritos quedan fragmentos bastante numerosos en la colección recién citada de Dindorf, tomo II.

A Menandro Protector se liga inmediatamente Teofilacto Simocates, cuya *Historia Oecumenica*, en ocho libros, refiere el reinado de Mauricio. (La única edición crítica es la de Boor, Leipzig, 1887.)

No quedan más que fragmentos de la *Archaeologia*, vasta compilación histórica de Juan de Antioquía, que llegaba hasta el reinado de Focas (Müller, *Fragmenta historicorum graecorum*, tomos IV y V.)

La historia compendiada de San Nicéforo va desde Focas hasta el matrimonio de León IV con Irene (602-769). (Nueva edición por Boor, Leipzig, 1880.)

Finalmente, la *Cronografía* de San Teófano, que comienza en Diocleciano, sirve de fuente a partir del 769 hasta la caída de Miguel Rangabe (813). Es la mejor obra histórica de la literatura bizantina; ha sido siempre muy consultada, y fué traducida al latín en el siglo IX por Anastasio el bibliotecario. (Boor ha publicado una nueva edición de ella en Leipzig en 1883.)

A los documentos que constituyen este primer grupo hay que añadir la compilación de Juan Malalas, cuyas últimas partes están consagradas al reinado de Justiniano, así como las poesías de Coripo acerca del reinado de Justino II (*Monumenta Germaniae historica*, Berlín, 1879) y las de Jorge de Pisidia sobre las hazañas de Heraclio.

B. - La fecha del 813, en que se detiene Teófano, ha servido de punto de partida a toda una serie de historiografos que han sido sus continuadores

o imitadores. El libro IV de la *Crónica universal* de Georgios Monachos o Hamartolos tiene el carácter de fuente para el período comprendido entre los años 813 a 842 (edición de Muralt, San Petersburgo, 1859).

Genesisios comienza su obra en el año 813 y llega hasta Basilio I (886); es fuente principal para el reinado de Miguel III, del cual fué contemporáneo.

El *Theophanes Continuatus* obra anónima que ha consultado Genesisios, empieza en el mismo año que la suya y llega hasta el 961.

También hay que mencionar aquí la crónica de Teodosio de Melite, que llega hasta el reinado de León V; la de León Grammatikos, que comprende desde el 813 al 944; la de Juan Skylizes, que abarca desde el 811 al 1081, y la de Jorge Cedrenos, que se detiene en 1057.

Los importantes reinados de Romano II, Nicéforo Focas y Juan Zimisces (959-976) han sido reseñados por León el Diácono.

Miguel de Atalia, en su *Historia*, que abarca los años 1034-1079, va desde Miguel IV hasta Nicéforo Rotoniates, a quien está dedicado el libro.

Constantino Porfirogénito se hizo biógrafo de su abuelo Basilio I.

Juan Cameniata, en su *De Excidio Thessalonicensi*, ha contado uno de los episodios más dramáticos de la historia de Bizancio (año 904).

El diácono Teodosio ha dejado un poema histórico sobre la conquista de Creta en el año 961.

Finalmente, el obispo de Verona, Liutprando, en su *Legatio Constantinopolitana* (*Monumenta Germaniae historica, Scriptores*, tomo III) ha trazado en forma satírica el cuadro de la vida de palacio en Bizancio en el reinado de Nicéforo Focas.

Puede también clasificarse entre los monumentos históricos de esta época la obra titulada *De velitatione bellica Nicephori*.

C. - El advenimiento de la dinastía de los Comnenos abre el tercer período de la historiografía bizantina.

Nicéforo Bryennos, continuador de Miguel de Atalia, es autor de una crónica que se extiende desde el 1057 al

1081; en realidad, es el panegírico de su suegro Alejo Comneno.

Encontró continuación en la pluma de su esposa, Ana Comneno, quien escribió la *Alexiada*, obra interesante que, aunque tenga carácter de panegírico, narra los sucesos de los años 1069 a 1118. (Nueva edición por Reifferscheid, Leipzig, 1884.)

Este mismo año de 1118 es igualmente el término a que llegan en sus crónicas universales el concienzudo Zonaras (edición Dindorf, Leipzig, 1875) y el insignificante Miguel Glykas.

La continuación de la historia de los Comnenos ha sido contada desde el 1118 hasta el 1176 por Juan Kinnamos y desde el 1118 al 1206 por Nicetas Choniates.

En cuanto a la *Synopsis historica* de Constantino Manassés, obra en verso que abarca desde la creación del mundo hasta el año 1081, no debe citarse más que como ejemplo de la decadencia intelectual de la época.

El francés Villehardouin pertenece a este grupo por su *Histoire de la conquête de Constantinople* (edic. Wailly, París, 1872), que cuenta la toma de esta ciudad en 1204 por los latinos.

La historia de la dispersión de los griegos en Asia Menor durante la vigencia del Imperio latino de Constantinopla encontró narrador en Jorge Akropolita (1204-1261).

Jorge Pachymeres se constituyó en analista de los dos primeros Paleólogos (1261-1308).

Los últimos libros de la vasta *Romaica historia* de Nicéforo Gregoras son importantes para los años 1295 al 1359.

Para los años 1320 a 1357, léase la crónica del Emperador Juan Cantacuceno, y para los años 1341 a 1462 la de Juan Ducas.

El asedio infructuoso de Constantinopla por Murad II en 1422 es referido por Juan Cananos; la toma de Tesalónica por los turcos en 1430 es el tema del libro de Juan Anagnostes; finalmente, Teodoro Panaretos cuenta la historia del Imperio de Trebisonda de 1204 a 1426.

El período de la agonía del Imperio de Bizancio ha producido aún algunos cronistas, como Jorge Phrantzes, que

narra los hechos de los años 1261 a 1466, y Laonikos Chalcondylas que analiza desde 1293 a 1463, etc.

Pueden encontrarse numerosos documentos históricos inéditos en la colección de Sathas, titulada *Μεσαιωνική Βιβλιοθήκη*, 6 volúmenes, París-Venecia, 1872-1877.

**HISTORIOGRAFÍA RELIGIOSA.** - Aun cuando los hechos principales de la historia religiosa de Bizancio se encuentren narrados en las obras mencionadas anteriormente, para tener conocimiento exacto de ellos, hay que estudiarlos en documentos especiales, como:

1º Las biografías de San Juan el Limosnero por Leontios, de San Juan Damasceno por el patriarca Juan, de San Tarasio y de San Nicéforo por San Ignacio, de San Ignacio por Nicetas el Paflagonio y de San Teodoro el Estudita por el monje Miguel. La gran colección de Simeón el Metafraste tiene un interés más literario que histórico en lo que se refiere al período de que nos ocupamos.

2º Las obras de controversia, tales como los tratados dogmáticos de San Máximo contra los monotelitas y los de San Juan Damasceno y San Nicéforo contra los iconoclastas.

3º Las correspondencias de los personajes mezclados de modo más activo en las luchas religiosas de su tiempo, a saber: las de San Máximo, San Tarasio, San Teodoro el Estudita, San Nicéforo y Focio, así como la de los Papas contemporáneos de las grandes herejías. Un buen número de documentos de estos dos grupos últimos han sido publicados por C. Will: *Acta et scripta quae de controversiis ecclesiae Graecae et Latinae saeculo undecimo composita exstant*, Leipzig y Masbourg, 1861, en 4º, y por Demetrakopenlos, bajo el título *Ὁρθόδοξος Ἑλλάς ἤτοι περὶ τῶν Ἑλλήνων τῶν γραφάντων κατὰ Λατίνων καὶ περὶ τῶν συγγραμμάτων αὐτῶν* Leipzig, 1872.

**MONUMENTOS LEGISLATIVOS.** - Heimbuch, *Basilicorum libri LX*, con un suplemento de Zachariae, Leipzig, 1833-1850, 5 vols.

Esta colección es para Bizancio lo que el *Corpus juris civilis* de Justinia-

no es para la antigua Roma: una compilación enciclopédica en la cual han sido reunidos todos los monumentos del derecho bizantino.

Zachariae von Lingenthal, *Novellae constitutiones imperatorum post Justinianum quae supersunt*, Leipzig, 1857.

**DIPLOMAS Y DOCUMENTOS OFICIALES.** - Miklosisch y Müller, *Acta et diplomata graeca medii oevi*, 6 vols., Viena, 1860-1890, A. Theiner y Miklosisch, *Monumenta spectantia ad unionem ecclesiarum*, Viena, 1872.

**INSTITUCIONES.** - Las obras que se han conservado son de tres épocas distintas, y exponen el cuadro de la vida bizantina durante sus tres fases principales. En el siglo VI Juan Lydus, en su obra *De Magistratibus populi romani*, es un testigo que nos instruye acerca de lo ocurrido en los últimos tiempos del Alto Imperio.

En el X, Constantino Porfirogénito describe el estado del Imperio bizantino durante su período más brillante, en sus obras *De administrando imperio* y *De caeremoniis aulae byzantinae*.

Finalmente, en el último siglo de su existencia, el Imperio encuentra aún en Codinos, autor de *De officiis aulae byzantinae*, el concienzudo escritor que levanta acta de su decadencia.

**GEÓGRAFOS.** - El siglo VI produjo dos geógrafos: Hierocles Grammatikos, cuya *Synecdemus* (edic. Parthey, Berlín, 1866) contiene la descripción del Imperio de Oriente, y Cosmas Indopleustes, quien hace un ensayo de geografía sagrada universal en su *Christiana Topographia*.

En el libro *De Thematibus* de Constantino Porfirogénito poseemos un resumen de la geografía política del Imperio en el siglo X.

**ARQUEOLOGÍA.** - Pablo el Silenciarario

escribió en el siglo VI su interesante *Descriptio Sanctae Sophiae*. Un escritor anónimo del siglo XI nos ha dejado una descripción preciosa de Constantinopla bajo el título de *Antiquitatum Constantinopolitarum, libri IV*, dedicada a Alejo Comneno. Nicetas Choniates escribió en el siglo XIII su *De statuis oeneis post captam a Latinis Constantinopolim destructis*. Del siglo XIV nos queda el *Descriptio urbis Constantinopoleos*, de Cristóbal Buon-delmonti (a continuación de Juan Kinnamos en la edición del *Corpus de Bonn*). Finalmente, Gilio volvió a trazar en el siglo XVI el mismo cuadro, en su obra titulada *De Topographia Constantinopoleos et ejus antiquitibus libri IV* (Banduri, *Imperium Orientale*, 1711, tomo I).

Todavía se encuentran otros documentos, aunque de menor importancia, en las preciosas colecciones de Duncange, *Historia byzantina*, París, 1680 (en dos partes: I, *Familiae Byzantinae*, y II, *Constantinopolis Christiana*), y de Banduri, citada anteriormente.

**MISCELÁNEAS.** - Hay que citar aquí, en primer lugar, algunas obras morales para uso de los príncipes, tales como la *Expositio capitum admonitorium*, del diácono Agapito, dedicada a Justiniano; el *Paraenesis* del Emperador Balisio I, dirigido a su hijo León VI, y la *Institutio Regia*, compuesta por el patriarca de los búlgaros, Teofilacto, para su discípulo Constantino Porfirogénito.

Las poesías de Teodoro Pródromo y las cartas y discursos del patriarca Eustato sirven para hacer conocer la sociedad del siglo XII. Finalmente, lo que queda de las colecciones científicas de Constantino Porfirogénito da idea del estado intelectual del mundo bizantino.